

Montanelli, personalmente

Arcadi Espada

Gentes del siglo recoge una antología del mejor periodismo del siglo veinte. Su autor es Indro Montanelli, italiano de Toscana, nacido en Fucecchio, en 1909, y muerto en Milán noventa y dos años más tarde. El volumen es una síntesis de *Gente qualunque*¹ y *Gli Incontri*², que son, junto a *Il generale Della Rovere*³, los mejores libros del autor. En ambos Montanelli cumple uno de los principios fundamentales del periodismo: dar cuenta de un tiempo a través de los hombres que lo vivieron. Los hombres tomados uno a uno, en su circunstancia, y rehuyendo cualquier previa voluntad arquetípica. Es probable que muchos de los personajes de Montanelli sean, o acaben siendo, arquetipos: pero decidirlo será siempre labor de los comentaristas. El periodismo, aunque no lo parezca, es cosa diferente de los comentarios. Los grandes retratos de Montanelli, y este libro espectacular está plagado de ellos, siempre tratan de los hombres. Nada que ver con ese periodismo moderno que solo entrevista a metáforas.

Gentes del siglo se adecua al orden de los dos libros que lo conforman. En primer lugar aparecen retratos de *Gente cualquiera*, que respetan la cronología (entre 1939 y 1963) decidida por su autor. En el prólogo a la primera edición italiana Montanelli explicaba así sus características:

Hasta el 1943 son prosas de *evasión* o de encubierta oposición al fascismo, fugas en el tiempo y en el espacio. Después, reacciones a los varios conformismos que se han sucedido en nuestro país y en el mundo; y semblanzas de personas conocidas o apenas vislumbradas, que, sin revestir particular importancia, tuvieron alguna a mis ojos por lo que me dejaron comprender o intuir de sí.

Gente cualquiera, en efecto. *Qualunque*, para ceñirnos al idioma original. El adjetivo tiene una larga y polémica tradición en Italia. Nombra la ideología del movimiento *Uomo qualunque*, fundado a finales del 1944 por Guglielmo Giannini. Un movimiento de fastidio general contra la política y los políticos, populista —y en Francia, *poujadiste*—. Tal vez una forma de derrota, después de la derrota general del fascismo.

Montanelli nunca fue ajeno al *qualunquismo*. No solo por el título —intencionado— de su antología. Una novela corta, *Qui non riposano*, editada primero en alemán e incluida en algunas ediciones de *Gente qualunque*, fue tomada como el retrato de esa clase desmoralizada. Esto decía Montanelli en el prólogo citado: «El propio Giannini vio y señaló en este libro [*Qui non riposano*] la anticipación [del *qualunquismo*]. Alguien me pedirá que me sonroje por ello. Pero no lo consigo. Al presentar y anunciar aquella realidad, en la que jamás me dejé involucrar, cumplí con mi cometido de escritor. El resto no me atañe».

La izquierda, sin embargo, siempre pensó que le atañía. Lo pensó, incluso, en la hora póstuma. El periodista Giorgio Bocca declaraba, por ejemplo, en el primer aniversario de la muerte de Montanelli: «Me era políticamente muy antipático. Mi aversión por él derivaba de su *qualunquismo*, de su ambigüedad». Luego Bocca le reprochaba también su narcisismo, y que su narcisismo se hubiese proyectado sobre la Resistencia: «Sobre la lucha partisana Montanelli hizo un gran *pasticcio* narcisístico. Trató de entrar en una formación partisana. Después de dos días se dieron cuenta de que era un narciso. Y lo echaron a la calle.

¹ *Gente cualquiera*, Plaza & Janés, 1967.

² *Personajes*, Plaza & Janés, 1966, 1977.

³ *El general de la Rovere*, Plaza & Janés, 1960.

Nunca se lo perdonó a la Resistencia. Como si hubiese sido un insulto personal. Sobre la Resistencia siempre mantuvo razonamientos personales, no políticos».

No hay duda de que la apreciación de Bocca es justa. Su problema, sin embargo, es que trasciende el caso particular de la Resistencia. Montanelli mantuvo razonamientos *personales* sobre el heroísmo partisano, pero también sobre el fascismo: no en vano le condenaron, en los cuarenta, a una muerte por fusilamiento de la que, según se dice, pudo escapar por muy poco. También se mostró *personal* en los setenta, años de plomo: las Brigadas Rojas se vieron obligadas a dispararle a las piernas. E, igualmente *personal*, por último, en los noventa, ante Berlusconi, que trató de dejarle sin oficio.

Lo que separa a Montanelli del *qualunquismo* es, precisamente, su dandismo. Se observa perfectamente en algunos de los retratos del recuento. Y cabe sospechar que es su dandismo lo que la izquierda menos toleraba. Para su desdicha, entre la *gente cualquiera* están esos *Toscanos de izquierdas*, claramente feudales, y cuya hipocresía Montanelli descuartizaba en el impresionante retrato de Renzo G. Lo hacía en 1962. Relativamente temprano. Luego esos toscanos se han convertido en uno de los lugares comunes de la confortabilidad económica y moral de Occidente.

Gente cualquiera es el retrato de un hogar del siglo. Y entre sus máximos atractivos está que incluya el hogar del propio Montanelli. Desde el retrato de familia, *Indro*, que abre el volumen, hasta *La Nazione*, una soberbia reminiscencia hecha a medias de un abuelo y un periódico, donde el Montanelli más profundo acaba declinando con su fría y elegante tristeza: «Pensé con melancolía en cómo nos escarnece la gloria: nos lanzamos a su búsqueda soñando que habrán de reconocerla nuestros compañeros de infancia y en cambio solamente lo hacen los de la vejez, que ya no nos interesan». El lado autobiográfico de los escritos es de una gran calidad: muy superior, desde luego, al de sus últimas y desgastadas memorias, escritas en colaboración con la periodista Tiziana Abate.

La segunda parte del volumen está dedicada a los personajes. Pasa el siglo: de Ortega y Gasset a Golda Meir, de Carmen Amaya a Alexander Fleming, de Paul Léautaud a Salvador Dalí. Montanelli dijo más de una vez que la mayoría de los retratos no habían complacido al personaje retratado. Se enorgullecía del hecho, dado que no practicó casi nunca el periodismo cortesano. En español la traducción de *Gli Incontri* ha sido *Personajes*. Favorece, seguramente, el comercio, pero resta precisión al ejercicio de Montanelli. Estos retratos suyos, que debieran ser estudiados una y otra vez en las escuelas de escritura, siempre parten de una escena dramática fundamental: el encuentro de Montanelli con sus personajes. El periodista suele acudir al encuentro bien pertrechado. Están su memoria, sus lecturas, tal vez sus conversaciones anteriores con el personaje. Y, sobre todo, están sus prejuicios. En las escuelas modernas aleccionan a los muchachos para que olviden sus prejuicios y se presenten como una cándida tabla rasa en las entrevistas y ruedas de prensa. Craso error. El prejuicio está siempre activo. Y el único modo de tratarlo es ponerlo a trabajar codo a codo con lo real —personaje y circunstancia—, y ver qué queda de él o qué queda de lo real. Así el ejemplo de Anna Magnani, de la Magnani, y las diez extraordinarias cuartillas que la retratan: cuando la diva entra en el taxi, de la prejuiciosa seriedad de Montanelli apenas si quedan los huesecillos.

Por último este libro es también una poderosa lección de escritura. De la gran escritura de los periódicos. Ninguno de estos retratos podría ser filmado. No están escritos con la gramática *60 minutos*, voz en off, declaración, voz en off que infecta el periodismo contemporáneo. Están escritos con la prosa de Orwell, de London, de Hersey o de Pla, cuya influencia en la literatura general, y en el realismo como proyecto truncado de la modernidad, está aún muy lejos de ser establecida. Montanelli es uno de los más

importantes escritores europeos del siglo veinte. Como en algún otro grande, solamente el brillo de una vida, cargada de elegancia y de aventura, ha sido capaz de oscurecer lo esencial.

Barcelona, diciembre de 2005

Gentes del siglo, por Indro Montanelli, Espasa, 2006